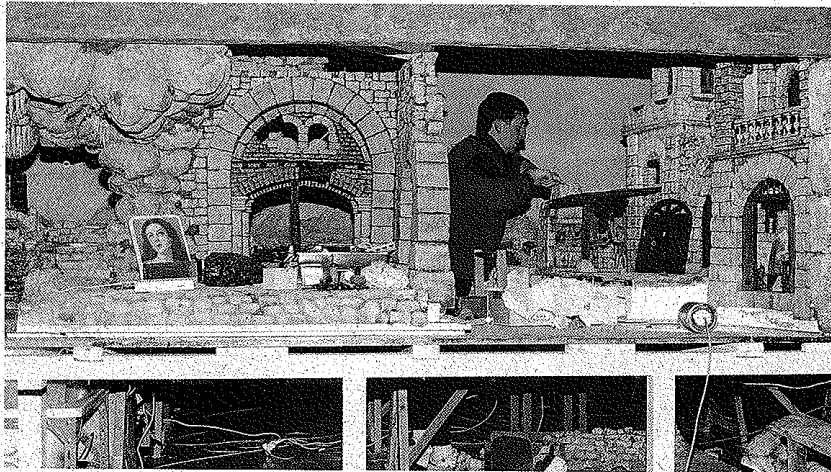


BELENES



Operación de montaje del Belén de El Carmen. Foto: I&P

Milaka gasteiztarrek egiten dute bisita, Eguberri sasoi honetan, Karmengo Amaren elizara, bertan jarritako jaiotza ikusteko. Errealismo handikoa da, izan ere, eta orijinala oso, Pedro Pablo Gonzálezek bere aita Juan Cruz-en laguntzaz egindako jaiotza hori: mugimendua du, bai eta soinu eta argirik ere, nolabait "bizitza" ematen diotenak. 200 irudi eder dira bertan bildutakoak.

UN BELEN CON VIDA

El nacimiento de El Carmen sorprende al visitante por su originalidad y realismo

Cuando llega la Navidad, el nacimiento montado en la iglesia de El Carmen atrae la visita de miles de vitorianos. El belén forma parte ya de la vivencia navideña de la ciudad. La gente contempla cada año, en admirada y halagadora aglomeración, el monumental conjunto. El observador se recrea en la obra con ojos curiosos, con alma de niño soñador, recorriendo y posando la mirada en mil detalles, mil sorpresas ocultas en un gran cajón de madera en el que -cosas del arte y la imaginación- cabe el Misterio, y el pueblo de Belén, y los montes de Palestina, y hasta el cielo estrellado del desierto.

La historia del nacimiento de El Carmen se remonta a la fundación del convento en 1900. Del belén de aquellos tiempos se tienen pocas referencias. Sería humilde, dicen los monjes, tal vez sólo el Niño, con San José y María, colocados con cariño cerca de la imagen de la Virgen de El Carmen. Fue después de la guerra civil cuando comienza a instalarse en la capilla de San José un gran nacimiento. El padre Juan Cruz recuerda cómo en su época de estudiante colocaba, ayudado por otros compañeros, las enormes figuras de cincuenta centímetros de alto de aquel primitivo conjunto. Los jóvenes frailes montaban el belén según Dios les daba a entender, subidos en unos tablones, con los marrones hábitos carmelitanos arremangados hasta la rodilla, quitando musgo de aquí y colocándolo allá, simulando montañas altísimas con pedacitos de corcho, abriendo caminos con el serrín de la carpintería. Todavía existen algunas de esas antiguas imágenes, rescatadas del sombrío desván.

En los años sesenta el nacimiento de El Carmen se deja de instalar. Sólo las figuras del Misterio, en el altar mayor, delataban tiempos de Navidad. Ya en 1984, el padre Juan Cruz decide revivir el gran belén, partiendo de cero. Se compran figuras, se levanta el entramado de madera, se encienden lucecitas que se convierten en estrellas. El resultado es muy vistoso y el templo recibe infinidad de visitas. Desde el año

siguiente, y hasta hoy, Pedro Pablo González, experto belenista, será el encargado de hacer el nacimiento, ayudado siempre por Juan Cruz, un genio en el montaje de complicados sistemas eléctricos.

El monumental belén carmelita tiene 22 metros cuadrados de superficie. Ocupa toda la capilla de San José y su potente estructura se extiende hasta el altar del fondo. Incluso hay un pasillo, por el que se puede caminar, rodeando el decorado. Pedro Pablo imagina y crea todos y cada uno de los elementos del belén -algunos muy sofisticados- meses antes de las Navidades. Trabaja en casa y también en la vieja carpintería del convento, junto a la huerta, e invierte más de mil horas en su elaboración. A finales de noviembre traslada hasta el templo, en un carro que en los años cincuenta se utilizaba para sacar a la Virgen en procesión, los diferentes módulos que componen la obra. Luego inicia otra laboriosa tarea, la de ensamblar las piezas y ultimar delicados detalles de luces, sonidos, agua. El "subsuelo" del belén está recorrido por cientos de metros de cables que llegan hasta el impresionante cuadro general eléctrico, construido por Juan Cruz con piezas de desecho. El año próximo Pedro Pablo creará un nacimiento en El Carmen completamente nuevo, como hace cada cierto tiempo.

SIETE MINUTOS DE ESPECTACULO

Toda la red invisible de hilos eléctricos, de artilugios y dispositivos bien pensados, logra dar a la obra -de arte- un aire de vida, de realidad. Con un poquito de imaginación el visitante se puede convertir en protagonista de la escena, para recorrer la plaza del pueblo y comprar una verdura al vendedor callejero, para saludar desde la puerta al infatigable alfarero, para llegarse -tras pasar un puente con carcama de mentiras- hasta el molino, que siempre muele a ritmo de agua, para recibir en el horizonte a los cansados Reyes Magos, para compartir la noche mágica con los pastores y, también, para acercarse hasta el portal, sin palabras.

Durante siete minutos (tiempo que dura un día en ese mundo recreado) nace en el belén de El Carmen la aurora, brilla la luz diurna, llega el crepúsculo y luego, en la noche, tintinean 72 estrellas y aparece ¡milagro!, un ángel. Del nacimiento gusta y sorprende el humo, las ropitas mecidas por la brisa que dan unos ocultos ventiladores, el brillo real de las fogatas, el correr de un riachuelo en perspectiva, cuyas aguas van a dar al mar de una bañera (para retornar luego impulsadas por la bomba de una lavadora vieja), el puchero, tan pequeño, pero que funciona gracias a mil conexiones. El belén está construido principalmente con polietileno expandido, material de mínimo peso de fácil manejo. Alava es pionera, junto con Guipúzcoa, en la utilización de este producto para hacer logrados nacimientos.

Más de 200 figuras, de exquisita factura, habitan el belén. Han sido adquiridas unas en la localidad de Olot, otras al excelente artesano madrileño José Luis Mayo, y otras -como el Misterio, de grandísimo interés artístico- al afamado artista catalán Castells.



El Portal con el Misterio, punto central del Belén de El Carmen. Foto: I&P